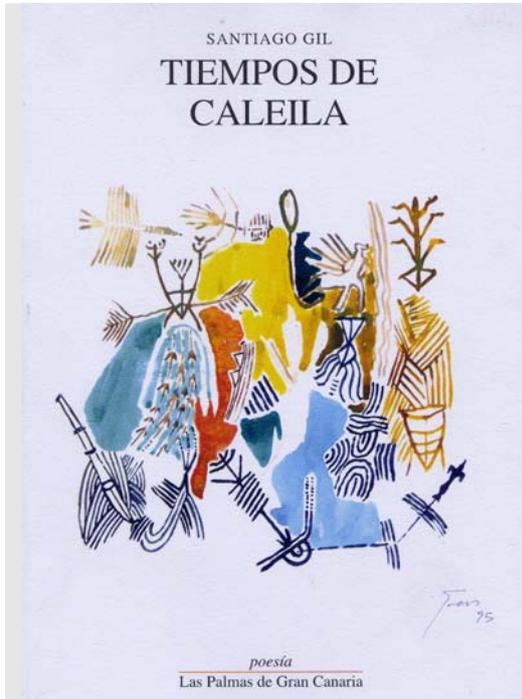


Guía de Gran Canaria

ciudad de Guía

Revista digital sobre el municipio de Guía de Gran Canaria (ESPAÑA)

www.guiadegrancanaria.org



Tiempos de Caleila

Santiago Gil

© Autor: Santiago Gil

Edita: GuiadeGranCanaria.Org

Director: Antonio Aguiar Díaz

Junio de 2007

www.guiadegrancanaria.org

La serena quietud

No somos tan canallas
cuando aún los pájaros nos cantan,
y amanece,
y el mar no se aleja para siempre
de las orillas que vamos poblando.
También me vale el silencio de la noche,
el orden matemático del universo,
la materia oscura
que nos devuelve a las sombras,
el oxígeno que nos mantiene vivos,
la serena quietud
de quien ya no espera nada de la vida.

Mariposas blancas

El sol llena la tarde

iluminando los geranios que he cuidado en el invierno
como a niños enfermos de melancolía.

Todo es azul

y es primavera

incluso en medio del caos y la rutina:

decenas de mariposas blancas

sobrevuelan mi ánimo sombrío.

No ser dios

No soy dios,
no me pidas milagros
ni me exijas divinidades de santos.
Soy un prosaico don nadie,
humano, carnal, absorto,
un cúmulo de errores y de años.
No soy dios,
ni en lo bueno ni en lo malo,
no llevo a concebir eternidades
ni le exijo a nadie sádicos martirilogios.
Tengo mis días,
como el resto de los mortales,
a veces rozando el cielo,
y otras a ras del suelo, o del infierno.
No lo veo todo desde mi atalaya
y miro porque me miran,
casi siempre sin ver,
por no ser visto.
Tampoco tengo un séquito divino
ni un san Pedro con llaves que guarde
las puertas de mi reino.
Así como me ves es mi presencia,
habitualmente triste mi mirada,
pendiente de la nómina,

Guía de Gran Canaria

ciudad de Guía

o de los plazos de los pagos atrasados,
vulgar, como te dije,
mundanamente humano, ciclotímico,
perezoso, pueril, iluso.

A mí me están vedadas las verdades,
y no tengo evangelios para darte.

Yo soy de la casta de los derrotados,
de los que no creen en nada,
ni atisban paraísos tras la muerte.

A mí ni los ángeles que tanto me quisieron
me esperan en casa cuando vuelvo.

La higuera

La higuera llega desnuda a marzo,
con sus ramas como osarios
grises y caóticos de tanto olvido.
Ha perdido los pájaros y las hojas,
y los niños le han ido robando todos sus frutos,
higos dulces para matar el aburrimiento,
almíbar de crepúsculos y de lluvias.
En medio de los naranjos verdes
la higuera, huesuda y seca,
parece una metáfora del tiempo
dejada a la intemperie de las tardes.

Los vuelos

Ya no me sobrevuelan nada más que los insectos.

Ni las gaviotas me cantan cuando voy al mar,

ni se me acercan las palomas en las plazas de las catedrales.

Los estrenos

Siempre hay una primera vez
incluso para las nostalgias,
la primera vez del amor y del sexo,
y de las copas y de los boleros en la madrugada.
Cada día nacemos en los reencuentros
y nos resguardamos en los tangos del abandono.
La primera vez, recuerdo,
parecía que estrenábamos el mundo.

Distancias

El agua moja la distancia de humo
que nos separa de aquellos días,
luz de relámpagos que alumbran
lo poco que queda de los veranos luminosos,
ceniza entre el barro de nuestros recuerdos
y los antepasados remotos que un día fueron
aquellas sombras que creíamos nosotros.

Mar

El mar,
sonido de caracolas lejanas
que siempre vuelve a la orilla
a retozar entre las algas y los recuerdos
de todos los naufragos
que va dejando el tiempo.

Los acordes

Vestida de blanco y de humo

vas y vienes a veces entre los naranjos,

azahar de las noches estrelladas,

placer de caricias y de húmedos besos.

Que las guitarras no olviden nunca

los acordes que nos guardan en el tiempo.

Amnesia

Dime qué harás cuando tus hijos
te pregunten por el nombre de todos esos pájaros,
qué les dirás de sus plumas brillantes de colores tropicales
y del canto monótono que adormece la tarde,
quién guardará la memoria de su existencia
ahora que estamos olvidando las palabras
con las que nuestros antepasados
fueron reconociendo a los árboles y a las aves.

Mis perros vagabundos

Siempre fui un buscador de sueños solitarios,
desde niño refugiándome en la nada,
caminos borrados por el tiempo
que me servían para salir del mundo,
desbrozando la mala hierba, y los olvidos,
sin más testigos que estos perros vagabundos
que desde que era niño y andaba por los campos
ya me miraban con esos mismos ojos asustados.

Tardes de domingo

Al final las calles
son siempre la misma calle
cuando es domingo por la tarde
y el día está gris y tú estás solo,
y la ciudad se mueve nada más que lo justo,
como con aire de resaca y de tristeza,
y te ves igual en Roma, en París, en Londres,
en Madrid o en Las Palmas,
domingo por la tarde
con pitidos que anuncian goles radiados,
un viejo solitario sentado en un banco del parque
y dos señoras enlutadas que corren presurosas camino de la iglesia.

Hospitales

I

Para sobrevivir a esta intemperie
hay que olvidar los números de las habitaciones
en las que estuvimos enfermos,
los dígitos de dónde se nos fueron tantas personas que queríamos,
las estancias asépticas, con televisiones y llantos de fondo,
llenas de sondas, catéteres y sueros,
y de mesillas de noche funcionales repletas de calmantes
que no alivian esas otras pesadumbres de las que nada saben los
médicos,
ni las enfermeras, ni los chistosos celadores que nos llevan en camilla
de un infierno a otro infierno lleno de aparatos.

II

Esos números fueron nuestros o de las personas que amamos:
302, 408, 321, 404, 512, 411, 131, 332...
La vida, a veces tan enrevesada y confusa,
se ve aún más clara desde esas habitaciones de paso
en las que hemos ido despidiendo a tantos seres queridos,
y en las que nosotros mismos hemos catado entre anestias
la soledad y el abismo que supone pensar que cuando nos vamos
de este mundo y de nuestras gentes lo hacemos para siempre.

El escenario

Una mesa de abedul y unas sillas plegables,
y un sillón en oferta comprado en Ikea,
unos cuantos libros desordenados
en anaqueles improvisados,
la tele, el vídeo, los platos y los vasos,
dos copas de borgoña, un perro fiel,
y tres o cuatro fotografías ajadas y tristes,
de cuando los tiempos pintaban todavía en blanco y negro.
De fondo se escucha un chelo tocando a Bach,
o se oye a Serrat cantando algo del Mediterráneo,
también cabría un verso de Gil de Biedma,
y el paisaje de una roca rodeada de mar por todas parte menos por
una,
como de niños nos decían que eran las penínsulas.
Y luego estarías tú, por supuesto,
llenándolo todo.

Divos

Ayer escuchaba de fondo tus palabras
entre las conversaciones caóticas de la sala,
sonido de besos, copas que se llenan,
la gente admirando tus cuadros
y tú, para qué negarlo,
como una reinona de tres al cuarto
sintiéndote el más grande de los pintores.
Hablabas engoladamente,
con un tono aticista y algo pedante,
de lo que para ti era la vida
y supongo que por ende el propio arte.
Decías no sé qué de dejar huella
mientras posabas para los fotógrafos
y dabas consejos paternas,
incluso a quienes no te lo pedían.
Fuiste inmortal hasta que te dejaron solo
y en la sala se hizo irrespirable
el olor de los cigarrillos apagados
y del alcohol derramado por el suelo.
Según se fueron acabando los canapés,
las cervezas y el vino, tinto o blanco,
todos se fueron yendo a otros saraos
y a otras salas con otros artistas inmortales.

Los budas del jardín

Salen al barro de los caminos
cuando no queda nadie pisando la tierra,
lentos y filosóficos,
a salvo de los depredadores bajo sus corazas,
se parecen a lo que yo querría ser como hombre.
Sacan sus cuernos a la luz de la luna menguante
y estiran sus cuerpos de espuma
siempre melancólicos.
Cada noche salgo a contemplar los caracoles
que caminan los senderos mojados por la lluvia,
me paro junto a ellos,
con cuidado siempre de no pisarlos,
y trato de aprehender su noción del tiempo
y de no alterar sus imperturbables ritmos cotidianos.
Los caracoles son los budas sabios de mi jardín
y en ellos me miro cuando estoy triste,
cuando no puedo dormir,
o cuando los días avanzan en un torbellino de ansiedades
-ridícula sensación de malgastar la existencia-
que apenas deja tiempo para pensar en uno mismo.

El alma de los flashes

También las fotos sacan a los muertos del encuadre,
y los van borrando poco a poco
en la memoria y en los ojos de quienes los miran.
Todos estamos irremisiblemente condenados
a quedarnos sin alma
en el papel satinado de sueños y colores,
invisibles en medio de la dicha
como esos octogenarios
que vemos sonrientes en las fotos de 1920
y que a estas alturas ya no son nada,
ni polvo enamorado en los cementerios,
ni siquiera un vago recuerdo que nos suene de algo.
El flash que pone la luz
que hace brillar tus ojos en los cumpleaños,
y en los viajes a París o a Venecia,
es el mismo que luego te devuelve al olvido
cuando ya nadie te dice que digas treinta y tres
o que mires fijamente a la cámara.
El que queda en la foto, cuando tú ya te has ido,
no es más que una sombra engañosa
que perdió el alma cuando quiso detener el tiempo.

Las esquinas de Madrid

Madrid es una esquina una tarde
de domingo en La Latina,
gitanos tocando trompetas,
marzo caluroso.

Madrid es esta fiesta colectiva
que nos envuelve en un pasodoble,
o en esa canción hortera de los ochenta
que todos coreamos medio ebrios.

El Horizonte

Siempre hay una salida hacia el océano,
una puerta que desborda de infinito
más allá del humo y el ruido de los coches.
Al final de cada calle de Lisboa o de Las Palmas
se reconoce el azul de todas las batallas perdidas,
las derrotas del hombre ante la inmensidad del tiempo,
el mar que inevitablemente va conformando nuestra propia orilla.

El náufrago

Todos hablábamos de él atropelladamente,
recordábamos mil anécdotas hilarantes
en medio de las copas y el humo de los cigarros:
aquella forma que tenía de imitar a los meapilas,
su risa desternillante y estruendosa,
las horas de paciencia y compañía
cuando alguno de nosotros tocaba fondo,
y luego aquella huida hacia los mares del sur,
cuánto le hemos ido echando de menos,
y ni una carta, ni una llamada...

La facultad nunca hubiera sido lo mismo sin él,
era el nexo de unión de todos nosotros,
la inquietud y la fiesta que salvaba la mediocridad de aquellos días,
las canciones que iban eternizando los primeros besos,
aquellos poemas sin pies ni cabeza
escritos a diez o doce manos en cientos de servilletas,
y también las conversaciones bizantinas,
interminables madrugadas de sopas de sobre y café cargado.

Ayer, cuando hablábamos de él,
ninguno de nosotros sabía que llevaba más de dos años muerto.

El diluvio

La lluvia ha dejado el camino lleno de lentos caracoles
y todo huele a tierra mojada, a nueva vida,
entre las hierbas que gotean los restos últimos de la tormenta.
Las pisadas de mis pies inseguros entre los charcos,
la sensación de estar asistiendo al estreno del mundo,
la canción improvisada de los primeros pájaros
todavía húmedos y ateridos de frío y desconcierto.
El atávico triunfo de haber sobrevivido al gran diluvio.

El otoño

Anoche atrasamos una hora el reloj
y ya hoy la tarde ha caído más triste,
y la arena de la orilla está más fría
para mis pies descalzos que añoran el verano.
A esta misma hora, aún en agosto,
nos bañábamos con los últimos rayos de la tarde,
cuando la arena era calor
de todo un día de solajero y alegría,
eco de pisadas de bañistas,
ardor de furtivos amores revueltos en la espuma de las olas.

Del regreso

I

De las ciudades en las que uno ha vivido
- o en las que ha muerto a diario entre sus calles -
sólo nos queda, al marcharnos,
y cuando ha pasado mucho tiempo,
una estela de dulces nostalgias
que nos empujan a todas horas al regreso.
Te llegan los aromas de las maderas de tus casas,
las caras que te tropezabas por las calles,
y la sensación de que entonces sí que eras feliz.
Jamás regresa nada de lo nefasto, ni de lo triste.
Y mejor déjalos así como están, lejos,
convertidos en recuerdos
idealizados y mendaces al paso de tanto tiempo.
No vuelvas.

II

No vuelvas.
Sólo encontrarás las ruinas.
Todos habrán muerto y ya no habrá nadie para recordarte.
Pasearás desolado, entre desconocidos,

Guía de Gran Canaria

ciudad de Guía

las calles que conocías palmo a palmo.
Nadie entenderá tu idioma
ni reconocerán tus ojos grandes
- siempre con gesto de sorpresa -.
Tal vez ha pasado mucho tiempo,
o es que el tiempo olvida,
a veces más fácil de lo que uno piensa.
No habrá tímpanos que recuerden tu voz,
ni copas que añoren tus labios ansiosos,
ni códigos postales donde cobijarte.
Nadie recordará tu nombre;
ni siquiera aquéllos a quienes tanto quisiste.

Arinaga

Es esta sensación de libertad delante del océano,
la realidad lejos de la memoria y de la orilla,
batir de olas, olor a marisco,
frío en los huesos, piel de gallina,
hombres solitarios pescando en las rocas lejanas,
mariscadores que revuelven piedras en la orilla.
De qué hablan las olas reiteradamente,
a qué vienen y van mojando estas playas,
el mismo niño y las mismas preguntas de entonces,
de nuevo el asombro ante el océano interminable
que desborda a lo lejos todos los horizontes.

Dejarse llevar

A lo mejor todo consiste en eso.

Ver pasar las horas aburridamente.

Leer algún libro, o dejarlo a medias.

Tirarte un rato en el sofá a ver la televisión.

Contar los días que faltan para que te ingresen la nómina,

y luego mesarte los cabellos

por lo rápido que pasa ese mismo tiempo

que va enterrando en el olvido casi todos tus recuerdos.

Dejarte llevar.

Tal vez viajar un par de veces al año.

Algún día de esplendor frente al mar,

o recorriendo campos que huelen a tierra mojada.

Y el sexo tratando de abrirse paso

ante tanta barbarie.

Así hasta que un buen día das con tus huesos en un tanatorio.

No hay mucho más.

El rapsoda

Se me van muriendo los viejos
a los que aún les puedo leer los poemas.
Están solos, medio seniles,
y por eso me aguantan cuando recito engolado
y pongo cara de romántico del siglo diecinueve.
Tienen miedo a terminar como esos que llegan a estar varios días
muertos.
No quieren ser mal olor, ni carne de sucesos en los periódicos.
Por eso me dejan leer los versos,
para que venga algunas tardes y de fe de su vida (o de su muerte).

Las sombras

No me gustan las despedidas,
las tardes grises de aquel otoño
en que asesinamos una adolescencia famélica de besos.
Qué habrá sido de todas ellas,
mis queridas novias repentinas.
Tal vez me vaya ahora, para siempre,
entre estas asépticas paredes de hospital,
cables y sondas clavando mi cuerpo,
sin recordar las caras, los gestos, las palabras
de aquéllas que entonces eran todo mi universo.
Una sombra difusa las representa en lejanía.
Fotos sepias y desgastadas,
lejanas, casi irreconocibles.

Los cantantes

No sé conducir,
carezco de neumáticos y de indicadores,
y además desconozco para qué sirve una dirección asistida.
Me llevan; siempre me llevan a todas partes.
Tampoco sé tocar la guitarra.
He de esperar a que se emborrachen los músicos,
aquí, quieto y con frío,
cerca de los instrumentos,
para que empiecen a sonar los boleros
que me reconcilian con mis recuerdos:
Esta tarde vi llover,
Amar y vivir,
Toda una vida,
Cementerio de novios,
Perfidia, que toquen otra vez Perfidia.
Y también El Unicornio azul,
Y Para Piel de Manzana,
Y Dos o tres segundos de ternura.
Necesito que esta noche se emborrachen todos los cantantes.

La tarde

Deja que las tardes alarguen su destino de ocaso inevitable.

Sentado en la terraza ves morir el sol a lo lejos,

sillas de mimbre, baldosas rajadas, geranios rojos,

el esparto sellando tus pies de verano tardío,

y otra vez la misma soledad de niño abandonado en el camino.

El agua que cae monótona en la pila de la casa de la abuela,

horas incomprensibles en las manecillas de ajados e ignotos relojes,

y una vida que caminaba entre intuiciones y golpes de suerte.

También entonces el sol vestía de verdes y naranjas intensos los horizontes.

Apatía

En la madrugada, aún medio dormido,
las voces del silencio me recuerdan la eventualidad de la existencia.
Me he despertado filosófico y con ganas a elucubrar,
o a lo mejor es el té, que a estas horas tiene efectos existencialistas,
el que me pone tan tremendo de teorías.
He dormido poco esta noche,
no está el mundo para dormir a pierna suelta
ahora que la estulticia se ha ido adueñando de casi todo.
Los boletines horarios de la radio marcan el paso del tiempo,
y las campanas lejanas de la catedral,
y ese pájaro que viene a cantar siempre a la misma hora.
Me he despertado aliquebrado y lento de reflejos,
con pocas ganas de seguir luchando por el peculio o el ascenso,
y lo único que desearía uno es que hoy fuera domingo.

Réquiem

No se puede jugar a la alegría
cuando los días amanecen tan tristes
que dan ganas de morirse en ellos,
ni cuando las letras, una a una,
y aun juntándolas todas,
sólo son capaces de expresar pamemas
y supuestos desgarros existenciales
que se quedan en simples cicatrices de unas horas.
Lo otro, lo que desgarrar y mata por dentro,
sigue quedando a salvo de adjetivos y de verbos,
de frases hechas, de sonoras aliteraciones,
y también de metáforas y de rimas asonantes.

Mientras todos caminan ufanos por las calles,
o escriben con garbo y soltura,
yo me muero por dentro,
sobre todo en estos días vallejianos,
grises, inevitablemente sombríos,
en los que la pena se adueña de la situación
y toca su réquiem deliberadamente peripatético.
Creo que estamos en marzo, otra vez en marzo.
El hombre del tiempo anuncia lloviznas débiles

Guía de Gran Canaria

Ciudad de Guía

Revista digital sobre el municipio de Guía de Gran Canaria (ESPAÑA)

www.quiadegrancanaria.org

y las señales horarias del transistor aún medio adormilado

indican que son sólo las siete y media de la mañana.

El locutor pone una canción almibarada y hortera

que habla del amor y de lo bella que es la vida.

Dice que hoy ha llegado la primavera.

Faro de la Entallada

Ya no podré bañarme nunca más en esa playa.

Los cadáveres flotan en la orilla,

golpeándose unos contra otros,

rígidos, rodeados de bandadas de peces juguetones.

Los van dejando en la arena,

uno a uno, cada cual en su bolsa aséptica, con cremallera.

Todavía no hay extranjeros con olor a crema de coco

ocupando las hamacas mojadas por el relente de la noche.

Llegarán más tarde, cuando esté todo recogido

y hayan dormido la resaca de sangría y vinos apócrifos.

Hay una barquilla destrozada entre las rocas.

Comentan que no sabían nadar y que venían de Tarfaya,

y que a bordo había dos bebés, cuatro mujeres, y quince hombres.

Todos están ahogados, flotando en las aguas,

o rígidamente sobre las arenas del paraíso.

Lo limpiarán todo y no quedará rastro alguno de la muerte

cuando vayan llegando los guiris ufanos en busca del sol.

Ni siquiera habrá gastos en autopsias o funerales.

En esa misma arena en la que están en fila los muertos

jugarán en unas horas a las raquetas y al voleo playa

decenas de nórdicos encendidos como gambas.

Carne de vaca

Escucho su grito desesperado,
el aullido intenso e interminable
de quien se agarra a la vida desesperadamente.
No quiere morir la muerte que huele desde lejos.
La llevan por asépticos pasillos
que hieden a sangre y a desinfectante barato,
y la empujan brutos sin escrúpulos
que hacen bromas con su dolor y con su atávico miedo.
Gime cada vez más fuerte, y llora,
antes de que el golpe del hierro la deje aturdida.
Los matarifes tienen los delantales manchados de sangre
y hacen su trabajo fríamente, profesionalmente,
mientras la vaca se mea y defeca fuera de sí, descontrolada.
Tiene miedo, se le ve en los ojos.
No sé si echa de menos algo,
o si se acuerda de alguien.
A lo mejor resulta pueril este planteamiento antropomórfico,
pero les aseguro que las he visto llorar como lo haría un ser humano
si llegara a presentir una muerte semejante.
Por eso me digo siempre que no quiero volver a comer carne.
Es cierto que una y otra vez traiciono mis intenciones,
que me convenzo o me convencen

Guía de Gran Canaria

Ciudad de Guía

Revista digital sobre el municipio de Guía de Gran Canaria (ESPAÑA)

www.quiadegrancanaria.org

con el cuento de las necesidades alimenticias,
pero aun así no puedo dejar de ver a la vaca moribunda
cada vez que corto el bistec en pedacitos pequeños.
Su mugido desesperado me provoca siempre malas digestiones.

Una casa en la memoria

Cierras los ojos y recuerdas.
Recuperas la casa después de treinta años,
y la hueles, y reconoces las sombras,
los sonidos de los pasos, los olores olvidados.
Cuántos años hacía que no visitabas esa casa
tal como estaba entonces,
con los mismos geranios en la ventana
y los pájaros trinando alborotados,
y la misma luz que entraba por la claraboya,
y aquellas sillas de tea en la terraza de ladrillos rojos.
Ya no existe ni siquiera el edificio.
Tantos años, cómo pasa el tiempo.
Hasta hoy no te habías vuelto a acordar de ella,
o por lo menos no con la nitidez y la clarividencia
con que hoy lo estás haciendo.
Alguien trata de decirte algo,
pero no entiendes, ni sabes qué diablos parlotea.
Se ha colado entre los recuerdos que mantenías de la casa
y permanece acostada en la cama donde dormía tu abuela.
Tal vez es tu abuela.
No la recordabas tan joven.
Ni tan guapa. Tu abuela es realmente guapa.
No debe tener más de veinte años.

Semáforos

Los semáforos maltratan a los peatones.

El humo y el ruido de los coches afean las mañanas,

lo mismo que esa baldía espera para poder cruzar la calle.

Los coches pasan a gran velocidad,

y cuando llueve nos salpican con el agua de los charcos.

Todos miramos hacia la silueta roja que nos retiene cada día,

siempre en el mismo lugar, cada vez por más tiempo,

sin importarle nuestras prisas o nuestras tristezas.

Los coches siguen pasando ruidosos y despóticos.

En ellos va el niño a su primer día de colegio,

la señora temerosa a buscar las pruebas al oncólogo,

el musculitos a su gimnasio con sauna y monitoras macizas,

va el joven que parte hacia la aventura camino de Londres,

y la chica que lleva toda la noche llorando por mal de amores,

y el ejecutivo agresivo, y el locutor locuaz, y el peón albañil,

y las putas diurnas, y los sacerdotes, y los abogados,

y también los jueces que nos condenan o nos salvan.

Una paloma cae en picado sobre el paso de peatones.

Su plumaje se ha manchado de asfalto y de grasa,

y sus vísceras esparcidas entristecen la mañana.

Los coches pasan, rutilantes o despintados,

Guía de Gran Canaria

Ciudad de Guía

sin sentir el corazón caliente latiendo entre los neumáticos y el asfalto.

Los peatones nos quedamos oliendo la muerte,

todavía pendientes del color verde que nos permita seguir adelante.

Maldecimos las horas de la vida que perdemos en los semáforos,

la tensa espera que nos pone de mal humor cada mañana,

el ruido permanente de los coches acelerados, su maldito humo,

y esta maldita sensación de saber que lo tienen todo controlado.

Tus pasos sólo andan cuando lo ordenan las máquinas,

y son los coches los únicos que pasan, siguen pasando.

Las orillas

Aún no ha amanecido
y ya camino entre las rocas y los charcos
siguiendo la estela de peces luminosos.
La bajamar descubre los olores del olvido
antes de que todo sea arrasado
por las olas de principios de septiembre.
Otra vez, y ya van tantas,
la ambición desmedida de la pleamar
acabará borrando estas pisadas
con olor a sebas y a marisco.

Ni siquiera se escucharán los lamentos de los naufragos
que habitan en el fondo de las grutas submarinas
cuando la espuma arrastre las piedras de la playa
haciendo temblar las casas de la costa.

Dentro de un rato no quedará nada mío en esta orilla,
y cuando vuelva mañana ya todo será distinto,
y habrá otras charcas, y otros peces luminosos,
y otro olor a podredumbre y a sal entre las rocas.
Será otro hombre el que recorra la bajamar del océano.
Y habrá otra orilla que ya no será jamás esta orilla.

Fondos submarinos

I

Qué ven de mí los peces que me miran desde el fondo del océano.

Se quedan quietos y expectantes

cuando me ven aparecer con mis gafas de buceo:

viejas, sargos, lebranchos, fulas y gueldes,

todos atentos a esa figura grotesca que les observa

-*entomólogo* marino de pacotilla-

mientras respira dificultosamente en el límite del agua.

Me miran como si transparentara mi idiotez,

ojos fijos en mis torpes movimientos natatorios.

No nos quisieron seguir en nuestras locuras fuera de las aguas,

y hoy nos ven regresar como buzos desorientados,

como marinos sin rumbo que han ido destrozando la tierra a cada paso.

Nos miran desde abajo, desde el fondo. Y callan

porque nunca comprendieron las tentaciones terrenales

que nos hicieron renegar de las branquias y de los fondos submarinos.

II

No nos siguieron en nuestras locuras fuera de las aguas.

Optaron por el silencio abisal e infinito del océano,

y por esa sensación de eternidad que habita siempre en los fondos marinos.

Yo creo que al final el tiempo les ha terminado dando la razón.

Golpes de suerte

He llegado tarde y mal a todas partes,
andando a tientas entre las sombras,
calles oscuras de largos extravíos,
contando las horas para asirme a la vida,
asegurando futuros con bajos tipos de interés,
buscando golpes de suerte que me salvaran de la mediocridad,
sólo pedíamos eso entonces, suerte y algo de gloria.
Vivir no es más que esperar a todas horas
los golpes de suerte que nos salven del olvido.
El azar se acaba convirtiendo en la única coartada.